

Inti: Revista de literatura hispánica

Volume 1 | Number 3

Article 4

1976

El motivo recurrente del agua en El llano en llamas

Estelle Irizarry

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

Citas recomendadas

Irizarry, Estelle (Abril 1976) "El motivo recurrente del agua en El llano en llamas," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 3, Article 4.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss3/4>

This Estudio is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

EL MOTIVO RECURRENTE DEL AGUA
EN EL LLANO EN LLAMAS

Estelle Irizarry
Georgetown University

En uno de los momentos más trascendentes de El llano en llamas de Juan Rulfo, el narrador del relato "Nos han dado la tierra" siente caer "una gota de agua, grande, gorda, haciendo un agujero en la tierra y dejando una plasta como la de un salivazo". (1) Es una sola gota de agua "caída por equivocación" que desaparece comida por el llano que forma el escenario de estos cuentos. Sin embargo, en esta árida tierra donde no llueve nunca y donde "no hay nada" según el narrador del citado relato, el agua en una forma u otra hace continuo acto de presencia.

Su forma más obvia es la lluvia, cuya importancia se siente tanto en su escasez como en su sobra. En el primer cuento vemos al idiota Macario fijar toda su atención en una alcantarrilla de donde salen ranas en vez de agua. La causa del pleito homicida en "Diles que no me maten" surge de una sequía. La lluvia es tan importante que por ella se registra el tiempo en "La Cuesta de las Comadres", al recordar el narrador que "fue como a mediados de las aguas" cuando los Torricos lo convidaron para que les ayudara a traer unos tercios de azúcar. Hay gran ironía en el nombre de Luvina en el cuento de ese título, ya que sugiere "lluvia, na' ", lo cual describe la triste realidad de este pueblo dejado de la mano de Dios. El exceso de lluvia en "Es que somos muy pobres" crea aguas torrenciales en las que se pierde la vaca de la familia, hecho que conlleva la desgracia de la única hija que todavía queda en la casa. Sólo

en Amula sabemos que "llueve bien y se vive bien" ("Anacleto Morones", 123), como si fuera ésta la fórmula necesaria para asegurar el delicado equilibrio de la naturaleza y los hombres, sujetos a sus caprichos y a veces reflejos de ellos. También hay nieves, en el nombre de la vieja que había sido novia de Lucas Luca-tero en "Anacleto Morones" y en los indios que aparecen en "El llano en llamas" irónicamente "ensarapados como si a todas horas estuvieran cayendo las aguanieves" (pág. 76) en esa tierra desolada.

Una forma de agua son también los humores del cuerpo humano que abundan en todos estos relatos, como el sudor que exuda el viejo que carga al hijo herido en "No oyes ladrar los perros". Lo más curioso del sudor de los personajes de estos cuentos es que por lo general se confunde con otros líquidos. El perseguido en "El hombre" no puede distinguir entre sudor y lágrimas y en "La noche que lo dejaron solo" vemos el sudor "convertido en agua fría" (pág. 104). A las tropas que observa el narrador del cuento titular, "les relumbraba la cara de sudor, como si la hubieran zambullido en el agua al pasar por el arroyo" (pág. 66), y las repugnantes viejas en "Anacleto Morones" vienen "chorreando sudor y con los pelos untados a la cara como si les hubiera llovizado" (pág. 117).

Si escasean las gotas de lluvia en el llano, abundan las del llanto en uno y otro personaje: Felipe y Macario, "el hombre", Margarita, Natalia, y las viejas de Anacleto. En "No oyes ladrar los perros" el padre siente "gruesas gotas, como de lágrimas", que bien podían ser gotas de sangre, debido a la bien lograda ambigüedad, como señala Hugo Rodríguez Alcalá. (2) En este cuento, como en los demás, las lágrimas son o parecen ser de remordimiento y culpabilidad.

El llano de Rulfo está bañado en gotas de sangre también, comenzando en las heridas ocasionadas por pedradas en "Macario". Vemos la

sangre del viejo Esteban ("En la madrugada"), de los desarrapados ("La herencia de Matilde Arcángel") y de los dientes colorados del Chihuahua ("El llano en llamas"). Se emplean para describir la sangre palabras asociadas con agua como "chorro" y "burbujas": "En la cabeza le rebotaban burbujas de sangre" (pág. 41); "le salía en un solo chorro la cosa aquella colorada que lo hacía ponerse más descolorido" (pág. 76) .

Encontramos las aguas infectas que emanan del cuerpo en varios cuentos. De las llagas de Tanilo en "Talpa", "no salía nada de sangre y sí una cosa amarilla como goma de copal que destilaba agua espesa" (pág. 54). Es significativa la referencia al agua y su reiteración al describir "aquel cuerpo como emponzoñado, lleno por dentro de agua podrida que le salía por cada rajadura de sus piernas o de sus brazos" (pág. 56). Juvencio Nava de "Diles que no me maten" siente que el ansia "le hinchaba la boca con aquellos buches de agua agria que tenía que tragarse sin querer" (pág. 87). En "Anacleto Morones" hay un horrible vómito de agua de arrayán. En todos estos casos aparece la palabra "agua", subrayando así su irónica metamorfosis en humores infectos del cuerpo mientras la naturaleza sigue tan carente de agua que en Luviña se traga la saliva para engañar el hambre y la sed.

Los ríos, arroyos y charcos de los cuentos no parecen servir para apagar la sed, sino como es cenarios de fugas y muertes. Proceden de un río las piedras que cubren la sepultura de Anacleto Morones. En San Gabriel los charcos son de lodo; en "El hombre" están llenos de ajolotes. El agua de charco se confunde con varios otros líquidos cuando encuentran a Matilde Arcángel con la cara metida en un charco de agua: "Aquella carita que tanto quisimos tantos, ahora casi hundida como si se estuviera enjugando la sangre que brotaba como manadero

de su cuerpo todavía palpitante" (pág. 146). Explica el narrador que le tocó a él cerrarle los ojos no llenos de lágrimas, "sino del agua puerca del charco lodoso donde cayó su cara" (pág. 147).

Caracteriza a los personajes de El llano en llamas una constante sed, como lo que tiene la tierra misma que devora la gota "caída por equivocación" a la cual ya nos hemos referido. Se trata de una sed elemental, voraz e instintiva de criatura recién nacida. El padre de "No oyes ladrar los perros", al oír a su hijo pedirle agua, recuerda que como criatura también tenía mucha sed, tanto que "tu madre te daba agua, porque ya te habías acabado la leche de ella. No tenías llenadero" (pág. 115). Macario ha probado leche de chiva, puerca y Felipa sin poder saciar su prodigiosa sed. "El hombre" trata de apagar su sed con la leche de unos borregos y se enfurece Esteban de "En la madrugada" al ver un becerro todavía mamar de la vaca cuya leche es para una nueva cría. Es casi simbólica la sed del gobernador "sin llenadero" que consume enormes cantidades de ponche que mancha todo de rojo en "El día del derrumbe " .

Otros personajes ingieren el alcohol por diversas razones. Da sed hablar de Luvina, así que el que relata sus experiencias en ese lugar tan seco toma sus tragos de cerveza caliente "aunque sea nomás para que se me quite el mal sabor del recuerdo" (pág. 99). Al final del cuento se hace servir un mezcal para entregarse definitivamente al olvido. El compasivo jefe de "Diles que no me maten" ordena que al asesino de su padre le den "algo de beber hasta que se emborrache para que no le duelan los tiros" (pág. 91).

Vemos a las mujeres enlutadas de Luvina con sus cántaros en busca de agua afirmar que "el sol nos chupa la sangre y la poca agua que tenemos en el pellejo" (pág. 101). El narrador

de "Anacleto Morones" ofrece dos jarras de agua de arrayán a las insaciables viejas y por fin tiene que ir a buscarles agua del río. Parece que lo que más falta hace en el llano es el agua pura que es la única capaz de efectuar lo que puede hacer "la Virgencita" según el narrador de "Talpa": "... lavar las cosas, ponerlo todo nuevo de nueva cuenta como un campo recién llovido" (pág. 54). La búsqueda de agua pura adquiere la importancia de un rito. Cuando no hay agua, acude el llanto en los seres humanos al rito de la purificación: el adúltero en "Talpa" siente el llanto de Natalia "como si estuviera exprimiendo el trapo de nuestros pecados" (pág. 53). El asesino en "La Cuesta de las Comadres" limpia la aguja homicida en el arroyo para no "ver la sangre de Remigio a cada rato" (pág. 28), y a través de este acto parece borrar toda noción de culpabilidad. El narrador de "La herencia de Matilde Arcángel" se refiere continuamente a su papel como padrino en el bautizo de Euremio Cedillo hijo, sugiriendo quizás la influencia de este rito en la inexplicable supervivencia del niño desamparado.

Aun cuando el agua en sus múltiples formas no aparece en los relatos como parte del escenario y argumento, su presencia está implícita en el vocabulario y las imágenes literarias que emplea Rulfo. Llega a ser símbolo de máximo valor cuando se describe a Matilde Arcángel como "una muchachita que se filtraba como el agua entre todos nosotros" (pág. 145). Este símil adquiere aun más significación al recordar que Matilde era hija de la dueña de la fonda de ~~Chupaderos~~. La palabra "resbalar" se emplea varias veces en contextos extraños. El llano es tan desierto que "se le resbalan a uno los ojos al no encontrar cosa que los detenga" (pág. 15). En "La noche que lo dejaron solo" el niño "se dejó resbalar en el sueño" (pág. 104) y en "El hombre" el corazón del perseguido "resbala y da vueltas en su propia sangre" igual que el río que cerca de él "se resbala en un cauce

como de aceite espeso y sucio" (pág. 40).

El cuento titular del libro está repleto de imágenes referentes al agua. El viento hace ruido y rebota como agua crecida y una cerca de piedra culebrea al subir y bajar. Se oye "un remolino de murmullos" (pág. 65) y se ve a Pedro Zamora "atragantándose como si se tragara un buche de coraje" (pág. 68). Una llamarada se alza cerca de la hacienda "como si estuviera quemándose un charco de aguarrás" (pág. 71). Nótese cómo la palabra "charco" sorprende y parece desmentir el concepto de llamarada. Al avanzar por la frase para completar el sentido del símil, es sólo a lo último que nos damos cuenta que no es un charco de agua, sino de aguarrás, como es de esperar tratándose de una llamarada. Hay una gran ironía implícita en el empleo insistente de imágenes de agua para describir las cosas del llano: Los soldados atraviesan "el llano vacío, sin enemigo al frente, como si se zambulleran en el agua honda y sin fondo que era aquella gran herradura del Llano encerrada entre montañas" (pág. 74). Vemos las rocas del Puerto de los Volcanes "lavadas por el viento" y las tilangas de los pantalones de los hombres colgados "bulléndose con el viento como si alguien las hubiera puesto a secar allí" (pág. 80).

Las constantes referencias al agua no sólo representan un recurso estilístico, sino que responden de modo contrastivo, y por ende irónico, a la seca realidad del llano. Se hace sentir la falta de agua a tal punto que su léxico acostumbrado tiene que referirse a otras cosas, en particular al aire. En "El hombre" no hay "ni una gota de aire" (pág. 35); los adúlteros de "Talpa" sienten un olor amargo con "cada bocanada de aire" (pág. 63) y en el mismo cuento las llagas de Tanilo se abren para "dejar a borbotones un aire como de cosa echada a perder que a todos nos tenía asustados" (pág. 56). El muchacho de "La noche que lo dejaron solo"

"sorbió tantito aire como si se fuera a zambullir en el agua" antes de huir por el llano (pág. 107).

Los términos de agua y tierra se trastruecan cuando el narrador de "La Cuesta de las Comadres" dice que "estaba cayendo una tormenta de esas en que el agua parece escarbarle a uno por debajo de los pies" (pág. 22). Cabe decir que es este "llano en llamas" de Juan Rulfo un mundo en desequilibrio donde el agua escarba y el aire viene en gotas, mientras la tierra sedienta recibe el agua convertida en lágrimas, sudor y sangre humanos.

Notas

(1) Todas las páginas citadas en el texto corresponden a la segunda edición, corregida y aumentada, México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1970.

(2) Hugo Rodríguez Alcalá, El arte de Juan Rulfo, México: Instituto Nacional de Bellas Artes, 1965.